NECROLOGIA

ALBERTO ROLDÁN

EL 4 DEL CORRIENTE EN ESTA CAPITAL

No hace un año aun, que en estas mismas columnas, lamentábamos el sensible fallecimiento de uno los viejos servidores de la institución, y hoy, tenemos que deplorar la temprana desaparición de un hombre joven que, siguiendo la eterna evolución de la vida, ha pagado con su deceso esa deuda que contraemos con la naturaleza desde la cuna hasta el sepulcro.

Alberto Roldán, el caballero sin tacha, el compañero cariñoso, el empleado honesto, no existe!

No protestamos contra la racha de la parca que, de un oleaje, nos priva de un compañero de trabajo, de un afecto que habíase iniciado en las tranquilas y pacíficas tareas de la diaria labor, que es donde se aquilatan mejor las virtudes, los anhelos y las aspiraciones de todos y de cada uno. Pertenecemos á la categoría de los que creen que, la tardía ó temprana partida de este mundo hacia otros que desconocemos en absoluto, obedece á las leyes que rigen la constante evolución de la materia, como consecuencia del principio de la transformación en otras materias ó en otros seres, que engendran nuevas vidas, nuevos elementos orgánicos, para incorporarse á su tiempo á las nuevas actividades de una existencia que se palpa, se ve, se observa y se levanta, entre el espacio donde se detiene la investigación del sabio y principia el secreto del misterio.

Deploramos sí, que existencias como éstas, con energías morales suficientes para desarrollarse y perfeccionarse constantemente,—porque la vida es perfección, ya sea en el camino del bien, como los grandes virtuosos, estilo Esquiú, ya en el camino del mal, como los grandes delincuentes descriptos por Lombroso,—desaparezcan sin haber llenado del todo la misión á que se tiene derecho por la ley propia, por propia idiosincracia del individuo.

Roldán, tenía su característica, su sello especial, diremos así, que lo distinguía entre el montón anónimo: la bondad. Ella reflejaba exteriormente las sutilezas de un alma impecable y las exquisiteces de un corazón sensible que desconoce las torturas de la envidia y los sufrimientos del egoismo.

Era modesto en extremo; no lo seducían los halagos, ni lo envanecían los triunfos del hermano, ni perturbaban la serenidad de su espíritu las acrisoladas virtudes paternales. Tal vez, para retratar mejor su ser moral, podríamos decir que era de una pasta de cuño antiguo.

Siempre afable, cortés, sonriente, no por acomodaticio estudio, sino por temperamento, por intuición. Tendía la mano con la persuasión de que ese acto en él representaba la hidalgía de su carácter, sin que por su mente pasara la sombra de un mezquino sentimiento de egoismo ó fuera la simulación de un afecto que no sentía, que no profesaba.

En estos momentos de hondas meditaciones que tienen la virtud de volvernos á la triste realidad de la existencia, sólo nos es dado expresar los votos de que esa tumba recien abierta, sea cubierta con las siemprevivas de la amistad, como la mejor corona que sus compañeros de labor puedan depositar, recordando al malogrado Alberto Roldán.

J. S. Peña.